

to para la Patria. Son de ayer los apocalípticos trenos, las rotundas evocaciones al ideal, los llamamientos á los hijos del doliente y esquilado terruño. Cercanas están las contracciones fisionómicas de dignidad austera ó de desprecio soberano. No pasa tan pronto la imagen de lo grande en un universo de pequeñez, ni se puede borrar del espíritu la visión de un sublime episodio socrático, que enseña á vivir y á morir, y demuestra el valor de una conducta y de una voluntad aun en la pobreza y el vencimiento definitivo.

Después de cruzar en noche frigidísima, casi polar, los desolados campos de Graus, rodeados de cabezos heroicos y cumbres excelsas é inmaculadas; después de llamar con mano temblorosa al portón campesino; de subir, á una luz vacilante, los tramos de apollado roble, y de entrar en la reducida habitación encalada en que volúmenes y manuscritos dan testimonio de una labor impersonal de décadas, cuyo asunto ha sido la grandeza en el tiempo que fué, que es y que será, la idealización de la vida, el consorcio del libro con el arado, del laboratorio y del predio rústico, del progreso con la emancipación, ni aun entrevisto por Henri Georges, ¡qué pequeños parecen los alcázares, en que el vano egoísmo viste oropeles y librea la humillación! Luego de haber escuchado la voz del apóstol que, entreabiertas las puertas de bronce por que ha de entrar en lo Desconocido, no habla de sus propias dolencias ni expone sus temores pueriles, sino que repercute el eco de los siglos y nos habla de los ríos heroicos, de los épicos valles y de los fueros legendarios; voz que primero arrulla con candor infantil y luego se eleva

majestuosa en defensa de la justicia y de la razón, y á la postre ruge para azotar el alma encanallada de corruptores y de escribas, y hace un supremo llamamiento á la virilidad dormida y al genio castrado del patriotismo y de la Especie, ¡qué mezquina y qué ruin se nos antoja la oratoria conceptuosa ó almibarada de los políticos de oficio, perdida en ruines componendas y erudiciones de pacotilla! Se siente rugir dentro del corazón el hervor del alma española, castellana, galaica, astur ó aragonesa; se quiere en vano sofocar la rebeldía pirenaica y la cántabra fiereza indomable; se aspira el vaho del terruño, empapado en sangre de luchador y en mieles de raíces silvestres, y el puño tiembla de dolor y de cólera, en espera de la lanza libertadora que quite de nuestras frentes humilladas el rubor internacional.

✻

Costa está vivo, porque su herida sangra y su labor reclama un obrero. Su palabra es resonante y atornadora, porque es apóstrofe y acusación. Clamó contra la guerra, y la guerra sigue; vibró contra la desigualdad y desmedida amplitud del impuesto, y el impuesto sigue siendo exacción y desigualdad. Pidió para la tierra justicia, y la tierra es esquilada y perseguida, cuando no es páramo ó latifundio; reclamó atención para las quejas de los humildes, y todo es privilegio y dominación para los soberbios. Exigió que la ley se fundamentase en la vida y surgiese del derecho consuetudinario, y la ley se dicta contra la costumbre y la voluntad de los pueblos. Pronosticó la ruina, y la ruina se acerca. Llamó con

guantel-te de hierro al corazón de los ciudadanos y á la dignidad de los hombres, y los ciudadanos abdicán y los hombres se postran ó enmudecen. Por eso su palabra fulmina, y su mirada hiere, y su látigo azota.

Y por eso vemos á Costa cerrando los ojos cada vez que nos abochorna el sentimiento de la propia incapacidad ó del servilismo indisculpable, y en medio del salón de talla artesonada echamos de menos la cumbre bravía, y el odioso perfume de las hetairas nos hace envidiar el vigorizador y acre de la espelunca. Porque la voz de Costa es el grito de toda una raza que no se resigna á la humillación, y su ademán, el gesto colérico de un pueblo que no se adapta á la esclavitud. Y veremos al luchador firme y corpulento, en tanto que nuestros nervios se estremezcan y nuestros músculos flaqueen pensando en la posible pérdida de un empleo, de una ganancia, de una simple amistad que puede sernos útiles, y perdamos *pro vita vivendi* las causas mismas del vivir.

Costa aún no tiene monumento. Con los ojos nublados por las lágrimas nos preguntamos: ¿Cuál será? Acaso, un león de piedra granítica en la cima más alta del Pirineo; tal vez un libro abierto, en el angosto paso de Rolando; quizás una mujer de bronce, enlutada, sin pedestal y sin inscripción, sentada en el borde del camino, llorando la cobarde defecación de sus hijos. Pero el verdadero monumento de Costa somos nosotros, porque tiene que ser de carne y de sangre: grande, si somos grandes; miserable, si somos mezquinos; con espadas, si somos dignos, como los sepulcros de Reims y de Colonia; con ca-

denas, si somos esclavos, lo mismo que San Juan de los Reyes. Somos bloques que han de fundirse á la llama de un solo crisol, destinados á perdurar con su propia cohesión y firmeza á través de los siglos, ó de desmoronarse definitiva y vergonzosamente en el polvo.

✱

Sumidos en el tráfigo de los que llamamos negocios, no medimos toda la mezquindad de nuestros afares y de nuestras contiendas. Es menester alguna vez arrostrar el ridículo y asomarse á los horizontes de Graus. Entonces sabremos de qué modo dejamos incumplido el primer precepto del luchador asceta: «Todo español obligado viene á servir á su Patria con el libro en la mano.» ¿Cómo puede llamarse ciudadano quien nunca lee? ¿Y cuántos españoles han leído las admirables, las reveladoras obras de Costa? Sin embargo, en ellas está la solución de cuantos problemas acarrear la postración y la miseria en nuestro territorio. Cuestiones que son por Asquith débilmente esbozadas, entre ellas las que se refieren al suelo, y en que se halla la solución de todo el conflicto social, están en sus páginas irrefutablemente estudiadas y resueltas de una manera terminante. La eterna paradoja del «Espíritu de las leyes», que condena á perpetuidad á las muchedumbres á oscilar entre la servidumbre y la licencia, queda por Costa destruída en síntesis gloriosa que denota su abolengo filosófico en el viejo Carlos Christian. Apenas si hay problema político, jurídico ni económico que no se halle abordado en los trabajos de este pensador férreo, que tuvo el corazón en las sienas. Es preciso

reimprimir esas obras, repartirlas por toda España, darlas á conocer aun á los entendimientos más limitados, y esperar el fruto de la cosecha, que ha de llegar pródiga y fecunda, como lo es siempre la semilla de la verdad.

Si no hacemos esto, si no seguimos el ejemplo, si nos limitamos á repetir un nombre, trocando la glorificación en canturria, seremos indignos del maestro que nos impuso sus manos á todos y nos encomendó su evangelio. La obra de Costa está incumplida; si no trabajamos por que se realice, preparémonos á labrar, no el grandioso mausoleo de Costa, sino nuestro propio cenotafio. España será ya para siempre algo inmóvil y helado, como en el valle pirenaico las aguas del Esera; un cuerpo desolado, solitario é inerte, como la mole del Turbón.

LA MUERTE RÍE

Es preciso escuchar la «giraldilla» allí, en el valle sombrío, cercado de avellanos en flor, limitado por la verde montaña que conserva los ecos de las impresiones de los héroes astures, regado por la linfa de un claro arroyuelo de lecho pedregoso.

Ó más lejos, en las abruptas costas asturianas, en donde las espumas de las aguas cubren á veces las corolas de las agrestes flores que abren sus encendidos pétalos al borde del abismo.

Y, entonces, aquel canto, unas veces, remeda grito valeroso de guerra que las generaciones se transmi-

ten como símbolo de su independencia, y, otras, el arrullar dulcísimo que despierta en la naturaleza exuberante y lujuriosa el sentimiento de amor.

Luego viene la danza acompasada, la rítmica cadencia de la voz, que hace, pausada, revivir el lenguaje sonoro de las viejas edades.

El pasado se muestra en sus dulces estrofas grande y glorioso; el presente, en las rías, en los bosques, en las montañas coronadas de jirones brumosos, en el mar, salpicado de rocas y rielado de luminosas ráfagas.

Y surge el porvenir anunciado por palabras de amor, por miradas ardientes, por ingeniosas frases, por los acompasados movimientos, por toda aquella fiesta misteriosa en que al son y la remembranza de lo que fué se entrevé la futura grandeza de la siempre fecunda y generosa tierra asturiana.

Tierra en que no se es niño jamás cuando el sacrificio lo exige, y en que se mira cara á cara á la Muerte sin sobrecogimiento. Yo recuerdo...; pero escuchad y juzgad después al pueblo de las giraldillas.



Salimos en un ligero esquife á gozar de una portentosa puesta de Sol sobre las aguas, de una orgía prodigiosa de luz.

De pronto, sobre el horizonte deslumbrante, se dibujó una sombra triangular parecida á un fatídico signo.

Era una vela latina, *negra*, un gigantesto y sombrío escaleno. Cercanas á su base, se agitaban las graciosas siluetas de tres niños.

Nuestro patrón señaló con el dedo la barca, y nos dijo, pensativo y severo:

—Es *La Muerte*.

Y nos contó el origen de ese nombre. Aquella barca había naufragado una vez, y sus pequeños tripulantes eran los huérfanos del patrón: dos niños y una niña.

Púsose el Sol del todo, y, de pronto, una terrible niebla nos asumió en la más negra oscuridad. Quien no ha visto el Cantábrico astur no conoce esas nieblas que no dejan pasar la luz del Sol, ni menos la del faro, y que pueden cruzar solamente los ecos doloridos de las familias de los pescadores.

Al cabo de dos horas de lucha, trémulos, sudorosos, logramos encontrar la boca del puerto.

En aquellos instantes supremos, sentimos rumor á nuestro lado, y, otra vez, adelantándose rápida, la gigantesca sombra pasó.

Y entre la oscuridad creímos percibir rumores, charloteos y carcajadas infantiles.

¡La Muerte reía!

Gijón.

LA RÚBRICA

Confieso que me sentí escandalizado la primera vez que, sobre la perspectiva del magno, del incomparable acueducto de Segovia, miré proyectado el sutil pentágrama de la red telefónica. Era uno de esos días en que el alma nos pesa, en que todo cuanto ve-

mos parece contrariar nuestros gustos, producirnos sensaciones de tristeza, enojo y repulsa. La plaza de San Geroteo había evocado en mí no sé qué viejas ilusiones frustradas; me había causado indignación el absurdo y ridículo remate de la bellísima torre de San Esteban, grotesco chapitel que afea una de las más elegantes construcciones del siglo XIII, y que está clamando por una pronta demolición; me había estremecido al pensar que, en aquellos días, pudo haber sido vendido á un particular el Parral, como lo fué luego San Juan de los Caballeros, para que mi ilustre amigo Daniel Zuloaga expulsara de sus sepulcros á Fernán García y Díaz Sanz, jefes de los dos célebres linajes y conquistadores de Madrid. ¡El Parral, joya inestimable, en donde ya un feroz vandalismo derribó las cabezas de las vírgenes y los evangelistas! Habíame preguntado si el restaurado Alcázar, con sus torreones guarnecidos de sartas de perlas; sus ventanas, que se rasgan sobre los abismos; sus muros enlucidos de lindos arabescos y sus salas de primorosos artesonados, no desaparecía bajo la furia de un nuevo incendio, convertido, como estaba, en hospedería de jóvenes vocados á la contienda y en teatro de novatadas. Había deplorado el gusto de las antipáticas viviendas alzadas frente á la casa de los picos, y clamado en la Catedral, de estupendo ábside, contra los modernos adosamientos, y los aditamentos anacrónicos, y las profanaciones artísticas que afean capillas y altares. Aquel era un mal día; cuando miré, delante de los arcos romanos, los hilos telefónicos, sentí no tener una garra ciclópea para arrancarlos de un solo puñado, en una sola vez.

¿Es que he vuelto luego más decaído y falto de

energías, ó más resignado, comprensivo y piadoso? No lo sé; pero el contraste entre las recias y vetustas piedras y los finos y modernos alambres no me ha disgustado. Todavía he escrito con la imaginación sobre el pentágrama de los hilos de cobre no sé qué románticas melodías; y he pensado que, entre la ciencia vieja y la ciencia nueva, la que dotaba de agua á los pueblos sedientos y la que sacia su avidéz de comunión espiritual, existía una compenetración á través del tiempo que no podía destruir ni la tiranía ni la barbarie.

¿Qué edad tenían aquellos cien arcos, sobrios, majestuosos, abiertos á la luz y la idealidad, por cuyas aberturas contemplaba dormida la ciudad hidalga, prócer entre las de imperial linaje? ¿Cuántos siglos hacía que se colocaron, unos sobre otros, sin trabazones ni argamasas, aquellos sillares almohadillados, labrados á pico, que maravillan al hacer pensar que no pudieron ser ordenados y alzados á tales alturas sino por el esfuerzo de titanes? Ellos sintieron el galope de los équites de Sertorio y de los decuriones de Metelo; ellos vieron derrumbarse el anfiteatro y alzarse las primeras basílicas; hasta ellos llegó el canto de la consagración de los obispos, píos como Anserico, ó vehementes como Deodato; el grito de los conquistadores sarracenos y los acordes de las guzlas de los recitadores mozárabes; por ellos pasó, con la linfa de las montañas, el genio guerrero de la Reconquista, personificado en Fernán González y Sancho García, el señor de Cuéllar y Fernando Primero de León; y oyeron la proclamación de la reina Urraca y las cantigas del único Rey Sabio, y las voces de subversión de la minoría de Alfonso Onceno, y los vítores de los corte-

sanos de los Enriques y de los Juanes, y de los que proclamaron la unidad bajo la alianza de los Reyes cuyo desposorio se simbolizó en piedra, con carcajes y yugos.

Y subsisten, firmes, evocadores, en su majestad pétreá, prestos á arrostrar nuevas tempestades de los cielos y nuevas irrupciones y devastaciones crueles y bárbaras. Son la ciencia inmortal, que ignoró la ley de los vasos comunicantes y derrochó la piedra donde hubiera bastado el plomo, pero que adivinó el consorcio del pensar y el sentir, del conocimiento y el Arte, del ensueño y la vida, y estableció la ley de las solidaridades humanas á través del espacio y de las edades.

Y sobre ellos no hacen mal las líneas paralelas, flexibles, de los filamentos de metal que transmiten de unas á otras comarcas la idea, el pensamiento y la voz. Son á modo de rúbrica que pone la actual generación á la labor de muchos siglos, el *placet* que sirve de aprobación definitiva al esfuerzo de ayer, y de estímulo vibrante y fecundador al enaltecimiento de mañana.

Segovia.

EVOCADORES

Pasan por Palencia los trenes rápidos, expresos y correos avanzada la noche ó á altas horas de la madrugada. Por acaso, alguno que otro viajero, soñoliento, se asoma á la ventanilla del «sleeping», se

despereza y consulta la guía, por la cual sabe que Palencia es la antigua «Pallantia», que está situada sobre el río Carrión, cuenta con unos 15.000 habitantes y tiene hermosa catedral, un buen hospital y varias fábricas de harinas, curtidos, bayeta, estameñas, mantas y otros «efectos».

Pero también alguna vez pasa un viajero de alta mentalidad, como ayer D. Alejandro Moreno y Gil de Borja, el cual, después de confesar que ha disfrutado este año en Suiza una temperatura de 37 grados sobre cero, á la sombra, afirma que Palencia es una de las ciudades españolas que tienen para el verdadero artista mayor interés.

Es en Palencia, acaso, en donde se ha refugiado íntegra, adusta, pero llena de enamoramientos y ensañaciones, el alma castellana del siglo xvi. Pero no de la Castilla errante, aventurera é inquieta, que llevó sus codicias y sus guerreras inquietudes á Flandes, sino de la otra, gran señora y artista, que hacinó tesoros en las catedrales, alzó sus palacios de piedra almohadillada y alicatadas cresterías, y los llenó de cuadros, joyas, tapices, panoplias, arcones y magnificencias de todo género, buscando en el campo del Arte expansión á sus gustos aristocráticos y selectos, que llevaron en su gentileza y gallardía su propio blasón.

De este fuste son los dos hidalgos con quien hubo el cronista de partir ayer. Es uno D. Francisco Simón, hombre de contextura varonil y afable porte, que comparte su actividad entre la Arqueología y la Patología, singularmente la antropológica. Naturalmente, es incomprendido. Sin embargo, él es quien ha descubierto los bosques sagrados que, á la luz de

la Luna, parecen surgir, con sus encinas místicas, sus sacerdotes, sus vestales y sus sacrificios cruentos. Con sus propias manos ha socavado, desenterrado, escudriñado, con la avidez del minero que busca en el Cabo de Buena Esperanza el cristal de carbono que, tallado, ha de ser irisado diamante; y ha encontrado un inapreciable tesoro artístico que algún día, conocida su esplendidez, será base de un museo arqueológico provincial. Armas, vasos cinerarios, zarcillos, fibulas, ánforas untuarias, brazaletes, medallones, asombran y pasman agrupados en las vitrinas. Un estupendo lienzo de Ribera preside en las paredes á una espléndida pinacoteca. Para D. Francisco no existen en el Universo automóviles, ni estancias veraniegas, ni casinos, ni clubs. Lo que sí hay es una España que es preciso que resurja del polvo, para desmentir la falsas leyendas, restablecer hechos, educar á los hombres en el Arte y en la conciencia de su propio destino.

El otro hidalgo es D. Daniel Zuloaga. No ha pensado en construir un suntuoso edificio en Barcelona ó en Madrid; pero, para instalar su taller de pintor, de escultor, de orfebre, de grabador y, sobre todo, de ceramista, se ha comprado la iglesia, abandonada, de San Juan de los Caballeros, y á poco si se compra El Parral. Es San Juan una maravilla estupenda del arte románico, y la ha adquirido por ¡seis mil pesetas! ¡Así son justipreciados en España los más valiosos tesoros artísticos! Pero, en las manos de Zuloaga, San Juan sigue siendo «de los caballeros». Una restauración exquisita va devolviendo día por día su color primitivo á la bellísima edificación. Desaparecen los tapias absurdos, los adosamientos

insensatos, las ventanas cuadradas, y queda el magnífico torreón de dos cuerpos, flanqueado de recios contrafuertes, con sus bellos arcos románicos, sus grupos de columnillas pareadas de bien labrados capiteles y su plataforma almenada. Quedarán sus arcadas exquisitas y sus dobles ingresos, dignos de una catedral bizantina, y los canes de los tejadillos, y las bizarras gárgolas, y en el interior de la torre colocará cien joyas artísticas, muebles, porcelanas, arquimesas, bargueños, cuadros admirables antiguos y retratos pintados por su sobrino, el otro Zuloaga, el artista genial que ve el espíritu de Castilla en su lado sombrío y lo traslada al lienzo con la maestría suprema de un Teothocópulos.

Y estos hombres hacen tales esfuerzos, que suponen una tenacidad á toda prueba y aun una abnegación ilimitada, sin mira alguna comercial, por enamoramamiento de lo sublime, ansiosos de enriquecer á su patria, de depurar sus gustos y pulir sus nobles aficiones. ¿Imagináis lo que puede ser una visita en compañía de estos hidalgos y de aficionados de la cultura del doctor Navarro ó Peñalva á la catedral, á San Miguel ó á San Pablo, á la cripta sugestionadora del siglo v, que lanza sobre el visitante el frío y húmedo aliento de los siglos; á las capillas del Sagrario, de San Pedro ó de Benavente? Soñad el relieve que pueden tomar á su evocación las rejas repujadas, los inestimables tapices góticos, cuyas figuras delicadísimas, casi aéreas, nos hablan de un mundo caballeresco y gentil ideal; el trascoro, los púlpitos de talla, los trípticos flamencos, la custodia de Arfe y los bordados frontones de altar. Es un delirio, una embriaguez, una fiesta de espíritu inolvidable, tras

de la cual se mira con desprecio á los trenes que pasan, bajadas las cortinas, amortiguada la luz de las lámparas, con sus viajeros soñolientos y sus empingorotadas damas turistas cubiertas de albayalde y de bermellón.

Y esto, en España, á pocas horas de Madrid, en ciudades donde se brinda á los forasteros hospedaje magnífico, vías asfaltadas, alumbrado espléndido, suntuosos edificios, próspero comercio y afectuosa hospitalidad.

¡Oh, nuevos Corintos de Arte y de exquisitez, que encerráis en ánforas de ensueño el alma de la vieja Castilla! Verdaderamente «non omnis licet»; no á todos es dado aspirar el perfume de vuestra diadema, tocar respetuosamente los hieráticos pliegues de vuestro peplo, postrarse ante la huella grácil y redentora de vuestras sandalias...

Palencia.

HUMILITAS

Una de las notas características de Palencia es, sin duda, la sencillez. El pueblo palentino busca por instinto lo ingenuo, simple y apacible, y huye lo complicado y aparatoso. Claro es que, al decir esto, me referiré á la generalidad de las gentes. Hay aquí, como en todas partes, espíritus sutiles, almas atormentadas y caracteres violentos. Pero están en completa minoría. Los verdaderos palentinos son de esta condición bondadosa, apacible y serena, que busca en la normalidad de la vida su mayor bienestar. Podrán caer en la vulgaridad; en la extravagancia y ridiculez, nunca.

Desde que se entra en la población, se adivina que puede ser un bello retiro. No hay allí la agitación de las grandes urbes. A cada paso nos sorprende una página azorinesca. Y todo nos da una sensación intensa de tranquilidad, que podrá ser turbada alguna vez por las luchas políticas, pero que torna presto á su cauce, como las aguas perezosas y adormecidas del Carrión.

No busquéis á las calles nombres aparatosos. Se llaman, si son largas, calle Mayor, y si hay dos de esta condición, á una se le llama la Vieja, y á la otra la Nueva. Las que van á la plaza no se llaman de los Condes de Benavente, ni del Caballo Alado, ni siquiera de Don Eleuterio Crispín de Andorra. Se titulan Primera, Segunda ó Tercera bocaplaza. Otras, indicando su situación, se denominan nada más que de Aquende ó Allende el Río. Porque una señora del siglo xvii puso unas piedras para salvar de su casa á la iglesia los albañales, dió nombre á las «Pasaderas de Doña Úrsula». El teatro no es de Lope, de Calderón ó de Zorrilla: se llama teatro de Palencia, lo mismo que el Casino, que se llama también concisamente de Palencia, en vez de llamarse palanciano, ó de Don Enrique, ó de la Amistad, ó nuevo Club. Cuando interrogáis á las gentes, os contestan, al modo espartano, muy corteses y cariñosas—eso sí—, pero con las menos palabras posibles. La Prensa local, por su parte, no es amiga de retóricas y armas al hombro; es también sencilla, y da cuenta del último sepelio ó del precio de los cereales con una naturalidad y sencillez pasmosas (1).

(1) Después de esto escrito, algunos diarios han cuidado de enaltecer á la Prensa palentina.

Donde esta simplicidad llega á sobrecoger es en el viejo arrabal de La Puebla y en la vieja calle Mayor y sus aledaños. Las casas son las mismas del siglo xvi, pobrísimas, porque en la Palencia pretérita nadie tuvo riqueza, sino una sola personalidad: el Cabildo. Pueblo de aldeanos, construyeron sus humildes viviendas en los llamados «suelos»; espacios de poco más de seis metros en cuadro, cedidos en arrendamiento ó infiteusis. Todas son del mismo patrón, con sus saledizos y sus galerías descubiertas para secar la lana. Esto, las más suntuosas. Las otras carecen de toda ostentación y aun comodidad. Aquello es pobre, mísero, y contrasta con la parte novísima y con los bellísimos edificios en construcción para la Diputación y el Instituto.

Los viejos palentinos se encuentran muy bien con sus costumbres, sus hábitos, sus leyendas y sus prejuicios. Trabajo les mando á los intelectuales, como Palacios ó Peñalva, para sacarlos de su paso mental. La primera fila, que es brillantísima, tropieza siempre con la abulia ó con la rutina. La industria misma es primitiva. Como gran recomendación, anuncian algunos fabricantes que sus mantas, como los chocolates mal envueltos, han sido «elaboradas á brazo». Aquí todo está elaborado á brazo. Brazo nervudo, vigoroso—por de contado—, pero poco dispuesto á adiestrarse en habilidades de carácter exótico. Aquí se llama al pan pan, á la máquina, conductora, y á las piedras de la mitad del arroyo, pasaderas de Doña Úrsula.

Así, las más estupendas noticias son acogidas por las gentes—hablo de las gentes vulgares—con el más maravilloso estoicismo.—Conque sí, ¿eh? Vaya, me